

# RAFFLES

12

*E. W. HORNING*



**COLECCION**

*Rastros*

Arthur J. Raffles es un miembro destacado de la sociedad de Londres y un héroe deportivo nacional. Como jugador de *cricket*, representa regularmente a Inglaterra en los partidos de prueba. Él usa esto como cobertura para cometer una serie de robos, principalmente robando joyas valiosas de la élite de Londres, por emoción y con fines de lucro.

En esto es asistido por su amigo, Bunny Manders más joven que idealiza a Raffles como deportista. Ambos hombres están constantemente bajo la vigilancia del inspector Mackenzie de Scotland Yard, quien siempre se ve frustrado en sus intentos de atribuir los crímenes a Raffles.

Se trata de ocho historias reunidas en un volumen formados por:

«El sino de marzo»: Raffles inicia a Bunny en su profesión llevándolo como cómplice.

«El vagabundo»: esquemas de rifas para robar diamantes del millonario Reuben Rosenthal.

«Caballeros y jugadores»: mientras se encuentran en el campo para jugar un partido de *cricket*, Raffles y Bunny se sorprenden al descubrir que el inspector Mackenzie de Scotland Yard intenta frustrar un robo esperado.

«El primer paso» Raffles cuenta su primer delito grave cometido en Australia.

«Un asesinato inevitable»: al darse cuenta de que un comerciante ha descubierto su verdadera identidad, Raffles se dirige a su casa con la intención de asesinarlo.

«Al margen de la ley»: Raffles y Bunny tienen la tarea de un abogado para sacar una imagen rara con destino a Australia.

«La revancha de un match» Raffles espera la visita de un convicto que escapó de la cárcel.

«El regalo del emperador»: Raffles y Bunny abordan un barco que lleva una famosa perla como regalo diplomático.

# RAFFLES

E. W. Hornung

## A LOS LECTORES

*No tememos pecar de exagerados si aseguramos que difícilmente habrá entre los lectores del mundo entero alguno que no conserve un grato recuerdo de aquellas obras que contribuyeron, en su época y en su estilo, al éxito más resonante de librería. Es más: difícilmente, por no decir imposible, sería negar que en cierto y determinado momento de nuestra vida no hayamos deseado emular al héroe de tal o cual obra que nos deleitara. Rocambole, Fantomas, Nick Cáster, Montecristo y otros, cuya lista sería casi interminable, absorbían el interés de los lectores de todas las épocas y de todas las edades. Raffles constituyó en esa lista un personaje de excepción. «El ladrón aristocrático», como se le llamó y se le llama, llenó cuartillas sinnúmero con sus increíbles hazañas. Exhumar una de tantas es, a la vez que procurar momentos de solaz a nuestros lectores, acercarlos a la época risueña del romanticismo de años idos.*

*Por eso no dudamos de que RAFFLES constituirá una sorpresa agradable para nuestros lectores. De ser así, se habrá cumplido el propósito que inspiró su publicación.*

## CAPÍTULO I

### EL SINO DE MARZO

Eran alrededor de las doce y media de la noche, cuando volví a Albany como último y desesperado recurso. La escena de mi desastre aún continuaba igual que cuando yo la había dejado. El cajetín y las cartas del *baccarat* estaban extendidas sobre la mesa, al lado de los vasos vacíos y los ceniceros rebosantes. Una ventana había sido abierta para dejar que saliera el humo. Raffles había cambiado su traje de *smocking* por uno de sus innumerables batines. Sus cejas fruncidas componían un gesto de malhumor por el hecho de que yo le había obligado a levantarse de la cama.

—¿Ha olvidado usted algo? —dijo al verme en la puerta.

—No —respondí, pasando por delante de él sin la menor ceremonia y siguiendo el camino de su habitación, con un atrevimiento que me sorprendió a mí mismo.

—Supongo que no volverá usted en busca de la revancha, pues temo no poder ofrecérsela a usted yo solo. Siento que los otros...

Estábamos frente a frente, al lado de la chimenea.

—Raffles —dije, interrumpiéndole—, le sorprenderá a usted que yo vuelva de este modo y a esta hora. Apenas le trato a usted. Nunca estuve en su casa de usted, antes de esta noche. Pero yo le ayudé a estudiar en la escuela; usted mismo ha dicho que me recuerda... Claro que esto no es razón suficiente, pero ¿quiere usted escucharme dos minutos?

En mi emoción, cada palabra que salía de mis labios me costaba un gran esfuerzo; pero la expresión de su rostro me iba tranquilizando poco a poco, y no me equivoqué al interpretar el significado de esa expresión.

—Ciertamente, mi querido amigo —dijo él—, todos los minutos que usted quiera. Tenga un cigarrillo «Sullivan» y siéntese usted.

Y me ofreció su pitillera de plata.

—No —repuse con voz más segura—, no quiero fumar ni sentarme. Espero que no insistirá usted en ambas cosas cuando haya oído lo que tengo que decirle a usted.

—¿De veras? —dijo él, encendiendo su cigarrillo, y mirándome, al propio tiempo, con sus brillantes ojos azules—. ¿Lo cree usted así?

—Probablemente me echará usted de su casa —exclamé con amargura— y tendrá usted una indudable justificación obrando así, aunque no deba hacerse leña del árbol caído. Ya sabe usted que acabo de perder alrededor de doscientas libras esterlinas.

Raffles asintió con un movimiento de cabeza.

—Yo no tenía dinero encima.

—Lo recuerdo.

—Pero tenía mi talonario de cheques, y extendí uno a cada uno de ustedes.

—¿Y bien?...

—Ninguno de ellos vale lo que el papel en que está escrito: he agotado todos los fondos que poseía en mi cuenta corriente del Banco.

—Por el momento, seguramente, ¿verdad?

—No. He gastado cuanto poseía.

—Sin embargo, alguien me dijo que usted estaba en buena posición económica...

—Lo estuve, hace tres años. Pero se me ha ido hasta el último penique. Sí, he sido un loco; no ha habido ni habrá un loco como yo.

—¿Y no tiene usted bastante con serlo?... ¿Por qué trata usted de volverme loco a mí?

Raffles se paseaba por la habitación, con un gesto hurafío en su cara.

—¿No podría ayudarle a usted su familia? —preguntó.

—¡Dios mío! —grité—. ¡No tengo familia! Fui hijo único. He derrochado todo cuanto me dejaron. Y mi único consuelo es que todos mis parientes murieron sin conocer mi desastre.

Me senté en una silla y oculté el rostro entre las manos. Raffles daba grandes zancadas sobre la magnífica alfombra que hacía juego con el resto del decorado de la habitación.

—Usted tenía aficiones literarias —dijo Raffles—; ¿no hizo usted su «magazine»? Yo recuerdo que usted arreglaba mis versos. La literatura es, en estos tiempos, un modo de vivir muy corriente. Cualquier loco puede ganarse la vida con la literatura.

—Cualquier loco no podría saldar mis deudas escribiendo —repuse con un gesto de decepción.

—Usted, seguramente, tendrá su cuarto en algún sitio —continuó Raffles.

—Sí, en Mount Street.

—Bien, ¿y el mobiliario?

Yo, a pesar de mi pena, me eché a reír.

—He vendido, hace meses, hasta mis bastones.

Al oír esto, Raffles se detuvo y me miró, arqueando las cejas, con sus ojos severos y punzantes que me parecieron más comprensivos en este momento en que él ya lo sabía todo; lo malo y lo peor; después, encogiéndose de hombros, continuó paseando por la habitación, y, durante algunos minutos, permanecimos ambos en silencio. Pero en su virilmente bello e inalterable rostro yo leí mi destino y mi sentencia de muerte; entonces comprendí mi locura y mi cobardía de recurrir a él. Por el hecho de que él había sido bueno y amable conmigo en el colegio, cuando él era el capitán del equipo, y yo su ayudante, me había atrevido a

esperar de él nuevas bondades; porque yo estaba arruinado y él bastante rico para jugar al *cricket* en el verano y no hacer nada durante el resto del año, yo había contado, fatuamente, con su simpatía y con su ayuda... Sí, yo le mostré toda mi sinceridad y mi humildad, y no fui correspondido. En su rostro no se reflejó la menor simpatía ni la menor bondad hacia mí. Cogí mi sombrero y me puse de pie. Me hubiera marchado sin decir una palabra, pero Raffles interceptó mi camino, colocándose entre la puerta y yo.

—¿Dónde va usted? —me dijo.

—Eso solo a mí me importa —respondí—. No quiero molestarle a usted más.

—Entonces, ¿cómo voy a ayudarle a usted?

—Yo no le he pedido a usted ayuda.

—¿Y por qué ha vuelto usted?

—Es verdad: ¿por qué? —dije como un eco—. ¿Quiere usted dejarme pasar?

—No, mientras no me diga adónde va y qué piensa usted hacer.

—¿No lo adivina usted? —grité.

Y durante unos segundos permanecimos mirándonos cara a cara.

—¿Tiene usted valor para hacerlo? —exclamó Raffles en un tono de cinismo que encendió hasta la última gota de mi sangre.

—Ya lo verá usted —respondí, dando un paso hacia atrás y sacando la pistola del bolsillo de mi gabán—. Ahora, déjeme usted pasar o me mataré aquí mismo.

Apoyé el cañón en la sien y puse el dedo en el gatillo de la pistola. Excitado, loco, arruinado, deshonorado y decidido a poner su fin a mi vida derrochada inútilmente, me sorprendía el no haberlo hecho antes allí mismo. La extraña satisfacción de comprometer a otro en mi muerte, excitaba mi bajo egoísmo, y el ver reflejado el miedo y aun el honor en el rostro de mi antiguo compañero, me hacían pensar que yo moriría diabólicamente feliz contemplando su mira-

da aterrada, y que esto sería mi última e impía consolación. Pero precisamente su mirada fue la que contuvo mi mano. Ni horror, ni siquiera miedo había en ella; por el contrario, me contemplaba con sorpresa y admiración, con cierta expectación, que parecía agradable, lo cual me indujo a guardar de nuevo mi pistola.

—Es usted un hombre infernal —dije—. Creí que quería usted que me disparase un tiro.

—No, en absoluto —replicó Raffles—. Para decirle a usted la verdad, no le creí a usted capaz de hacerlo. Le aseguro que jamás me sentí tan fascinado como en este momento. Nunca soñé que tuviese usted tanto valor, querido Bunny; y antes me dejaría ahorcar que dejarle a usted salir de aquí ahora. Pero le aconsejo que no vuelva a intentar ese juegucito; porque mi actitud no sería la misma en una segunda ocasión. Yo no tenía idea de que fuese usted un camarada de tal clase. Venga esa pistola. Necesitamos pensar tranquilamente.

Apoyó una mano en mi hombro mientras con la otra sacaba la pistola del bolsillo de mi gabán, y yo soporté sin la menor protesta el despojo de mi arma. Esto fue debido no solamente a que Raffles tenía el poder de hacer irresistible su deseo —es el hombre de más sorprendente dominio que he conocido— ni a la mera sugestión que la naturaleza más fuerte ejerce sobre la más débil. Fue que la abandonada esperanza que me había traído a Albany renacía en mí de un modo maravilloso. ¡Raffles iba a ayudarme, después de todo! ¡Raffles sería mi amigo! Lejos de oponerme a que se apoderara de mi pistola, le apreté la mano con un fervor tan profundo que solo podía compararse a la desesperación que antes me dominaba.

—¡Dios le bendiga a usted! —grité—. Perdóneme usted. Se lo confesaré todo. Yo creí que usted podría ayudarme en mi desgracia, aunque ya sé que no tengo ningún derecho para reclamar esa ayuda. Por el recuerdo de aquellos lejanos días del colegio, pensé que me proporcionaría us-

ted una ocasión de salvarme; de lo contrario, me levantaría la tapa de los sesos... Y así lo haré si cambia usted de opinión respecto a mí.

En realidad, yo temía que esto sucediese, a pesar de su amable tono y de la confianza que trataba de inspirarme llamándome por mi apodo del colegio. Pero sus sucesivas palabras me sacaron de mi error.

—Eres una criatura —dijo Raffles, tuteándome como en los días del colegio—; yo tengo mis vicios, pero entre ellos no figura el de no cumplir mi palabra ni volverme atrás. Siéntate y fuma un cigarrillo para suavizar tus nervios. *Whisky*, no; es lo peor para ti. Aquí hay café que yo estaba preparando cuando has vuelto. Y ahora, escúchame. Has hablado de una ocasión de salvarte. ¿Qué quieres decir? ¿Otra vez el *baccarat*? Tú piensas que la suerte puede cambiar; pero ¿y si no cambia? Tu situación sería peor. No, mi querido amigo; ya estás bastante hundido. ¿Te pones en mis manos, sí o no? En caso afirmativo, me comprometo a no presentar mi cheque. Desgraciadamente, hay otros hombres, y más desgraciadamente todavía, Bunny, mi situación en este momento es tan desastrosa como la tuya.

—¿Es posible? —dije, clavando mi mirada a Raffles—. ¿Tú en mala situación? ¿Cómo voy a creerlo, viendo que posees una casa como esta?

—¿No he creído yo lo que tú me dijiste? Me extraña que, dada tu experiencia, creas que porque un hombre tenga una casa como esta, y en esta calle, y sea socio de dos o tres Clubes y juegue al *cricket*, deba forzosamente tener cuenta en el Banco. Te aseguro, mi querido amigo, que estoy tan apurado como tú. No tengo absolutamente nada. Tanto como tú, yo necesitaba esta noche ganar dinero. Estamos en la misma barca, querido Bunny; lo mejor que podemos hacer es remar juntos.

—¡Juntos! —exclamé—. Yo haré por ti lo que haga falta, si en realidad no quieres prescindir de mí. Piensa algo que desees, y lo haré inmediatamente. Yo estoy otra vez tan

desesperado como cuando vine. No me importa hacer lo que sea, con tal de salir de esta situación sin escándalo.

Aquí veo a Raffles, reclinado en uno de los lujosos sillones que formaban parte del mobiliario de la habitación. Veo su atlética e indolente figura; los pálidos trazos de su rasurado rostro; su rizado pelo negro. Y aún siento el influjo de su mirada, fría y luminosa como una estrella, que penetraba en mi cerebro y descubría los secretos de mi corazón.

—Me sorprende todo lo que has dicho —exclamó—. Acaso es debido a tu situación del momento... De todos modos, siempre hay una esperanza cuando un amigo habla en ese tono... En el colegio, tú eras un pequeño diablo. Recuerdo que en una ocasión me proporcionaste una buena salida. ¿Te acuerdas, Bunny? Pues, espera un poco y quizás te proporcione yo ahora una mejor. Dame tiempo para pensar.

Se levantó y encendió otro cigarrillo, paseando de nuevo por la habitación, pero más reposadamente y en actitud meditativa. Por dos veces se detuvo delante de mí, como si fuese a hablar, pero cada vez permaneció en silencio. Abrió la ventana, la cual había cerrado al principio de nuestra entrevista, y durante unos minutos estuvo mirando la niebla que llenaba el patio de Albany. Mientras tanto, el reloj que había sobre la chimenea dio una campanada, y luego hizo sonar una media hora, sin que se hubiese cruzado una palabra entre nosotros.

Yo no solo esperaba pacientemente, sentado en mi sillón, sino que fui adquiriendo cierta ecuanimidad durante aquella media hora. Insensiblemente, yo iba dejando mi carga sobre las anchas espaldas de mi espléndido amigo, y mis pensamientos vagaban, a cada minuto, con mis miradas. La habitación tenía una forma cuadrada, con puertas plegables, chimenea de mármol, y, en general, el tono oscuro, de estilo antiguo, que era característico en Albany. Estaba amueblada de modo encantador y admirable gusto, con cierta deliciosa negligencia. Lo que más me chocó fue

la total ausencia de las corrientes insignias del jugador de *cricket*. En lugar de la caja de raquetas, había un armario de roble tallado, con todos los estantes desordenados, que cubría casi toda la pared; donde yo esperaba encontrar fotografías de jugadores de *cricket*, había reproducciones de cuadros famosos. Raffles parecía más bien ser un pequeño poeta que un atleta de primera categoría. De todos modos, siempre había tenido cierto tono de ascetismo, que yo recordaba perfectamente, sobre todo en lo que se refería al incidente que él había mencionado.

Todo el mundo sabe que lo que más distingue a un colegio es la importancia de su *equipo* y, en particular, el carácter de su capitán. En la época de Raffles nuestro tono era muy elevado. Corría el rumor de que Raffles acostumbraba a recorrer la ciudad durante la noche, disfrazado. Pero este rumor nadie lo creía en el colegio. Solamente yo sabía la verdad. Noche tras noche, mientras el resto de los colegiales dormía, yo ayudaba a Raffles a evadirse y permanecía despierto para sostenerle la cuerda de la ventana por la que se deslizaba y recogerla a una señal convenida, a su regreso. Una noche estuvo a punto de ser descubierto, pero gracias a su viveza y ayudado por mi presencia de ánimo, pudo evitarse lo que le hubiera desacreditado para siempre. Yo no había olvidado esto en los momentos de mi desesperación; cuando decidí entregarme a su benevolencia, ni podía dudar de esta toda vez que él tampoco lo había olvidado, diciéndome:

—He estado pensando en aquella noche del colegio.

—Yo también.

Él sonrió, como si leyese mis pensamientos.

—Entonces —continuó— eras un camarada, Bunny; jamás retrocediste, ni me hiciste preguntas, ni se lo contaste a nadie. No sé si ahora harías lo mismo.

—No sé —repliqué, ligeramente sorprendido por su tono—. He hecho tal desorden de mis propios asuntos y tengo tan poca confianza en mí mismo, que no creo que

nadie pueda tenerla en mí. Pero nunca me volví atrás cuando di mi palabra, ya te lo he dicho; de otro modo, quizás esta noche no me hubiese metido en este atolladero.

—Exactamente —dijo Raffles— y apostaría a que ahora eres igual que hace diez años. No regañaremos, Bunny. Solo trataremos de desembrollarnos. Supongo que tú, como yo, no hemos perdido aquella tranquilidad que poseíamos cuando tú echabas la cuerda y yo subía a pulso por ella. Tú no vacilarías en hacer cualquier cosa por un amigo.

—Por nada del mundo —grité.

—¿Ni aunque se tratase de un crimen? —preguntó Raffles, sonriendo.

Quedé pensativo un momento, pues estaba seguro de que Raffles se burlaba de mí. Sin embargo, su mirada parecía más profunda y más impaciente.

—Ni por un crimen —respondí—. Si tú lo necesitas, yo seré el hombre que ejecute ese crimen.

Me miró con sorpresa y con duda; después se echó a reír con su cínica risa característica.

—¡Eres un simpático amigo, Bunny! —exclamó—. El verdadero tipo del desesperado. Primero, suicida; después, criminal... Lo que tú, quieres es una ayuda para volver a convertirte en un honorable ciudadano con una reputación que perder. Pero estamos en el caso de buscar el dinero que necesitamos esta misma noche, de un modo o de otro.

—¿Esta noche, Raffles?

—Cuanto antes, mejor. Mañana, después de las diez, cada hora que pase es una hora de riesgo. Si permitimos que uno solo de esos cheques sea presentado en el Banco, este y tú quedaréis desacreditados juntos. No; necesitamos obtener el dinero esta noche e ingresarlo en tu cuenta mañana a primera hora. Y me parece que sé dónde lograr el dinero.

—¿A las dos de la madrugada?

—Sí.

—Pero ¿cómo y dónde, a hora semejante?

—En casa de un amigo que vive en Bond Street.

—Sin duda, se trata de un amigo íntimo.

—Íntimo no es la palabra. Tengo una llave de su casa para mi uso particular.

—Pero ¿vas a despertarle a estas horas?

—Si está en la cama...

—¿Y es esencial el que yo vaya contigo?

—Absolutamente.

—Entonces, iré; pero debo decirte que no me agrada la idea.

—¿Prefieres, entonces, correr la alternativa de...? ¡No, eso no puede ser! Yo comprendo que es una prueba difícil, pero lo sería igual aunque tú no vinieses... Piénsalo bien. Aquí tienes el *whisky* y el sifón; yo voy a ponerme un abrigo mientras tú apuras un vaso.

Confieso que esto último lo hice con alguna libertad, pues el plan de Raffles, que ya parecía inevitable, no me disgustaba tanto, y mi terror iba desapareciendo a medida que iba vaciándose mi vaso.

Raffles volvió al momento, con un sobretodo y su sombrero flexible puesto con cierta despreocupación. Cuando le ofrecí la botella de *whisky*, se sonrió y me dijo:

—Cuando volvamos. Primero, trabajemos. ¿Sabes qué día es hoy? —añadió, arrancando la hoja del calendario—. El 15 de marzo «El sino de Marzo», recuérdalo bien, Bunny. ¿No lo olvidarás, verdad?

Y, sin dejar de sonreír, echó al fuego de la chimenea varios pedazos de carbón, y después cerró la llave de la luz del gas, como el más cuidadoso dueño de casa. Cuando salíamos de la habitación, el reloj de la chimenea hacía sonar dos campanadas.

\* \* \*